

15 Octubre 2018

La Albolafia

Revista de Humanidades y Cultura

ISSN: 2386-2491



Dossier:

Castilla-La Mancha, pasado y presente de una región desconocida

Coordinado por Francisco Asensio Rubio

Revista científica de periodicidad cuatrimestral

Director: Luis Palacios Bañuelos

www.albolafia.com/info@albolafia.com

LA ALBOLAFIA:
REVISTA DE HUMANIDADES Y CULTURA
Revista científica digital de periodicidad cuatrimestral

Director

Luis Palacios Bañuelos

Edita: La Albolafia: Asociación de Humanidades y Cultura

Colabora: Instituto de Humanidades de la Universidad Rey Juan Carlos

2018 © La Albolafia: Asociación de Humanidades y Cultura

No se permite la reproducción total o parcial del contenido de la revista, así como su transformación, distribución o comunicación pública salvo autorización expresa.

Las instituciones que editan esta revista no asumen necesariamente los criterios expuestos en los artículos firmados por sus respectivos autores, únicos responsables del contenido de los mismos.

Publicación editada en Madrid (España)

ISSN: 2386-2491

www.albolafia.com

ÍNDICE DE CONTENIDOS

Dossier | Castilla-La Mancha, pasado y presente de una región desconocida

| | |
|--|-----------|
| Introducción por Francisco Asensio Rubio | 7 - 9 |
| Arqueología Prehistórica en Castilla-La Mancha por Luis Benítez de Luego Enrich | 10 - 34 |
| Arqueología Protohistórica en Castilla-La Mancha: La Edad del Hierro por Luis Benítez de Luego Enrich | 35 - 55 |
| El proceso romanizador en Castilla-La Mancha. Estado de la cuestión y últimas aportaciones por Domingo Fernández Maroto | 56 - 76 |
| Los Espacios Naturales Protegidos de Castilla-La Mancha. Evolución histórica y tipología paisajística por Óscar Jerez García, Manuel Antonio Serrano de la Cruz Santos-Olmo y José Luis García Rayego | 77 - 99 |
| Castilla-La Mancha contemporánea por Ángel Luis López Villaverde | 100 - 125 |
| Castilla-La Mancha una identidad dispersa por Alfonso González Calero | 126 - 139 |
| La formación de una región: los orígenes de Castilla La Mancha por José María Barreda Fontes | 140 - 145 |
| La Enseñanza Primaria y las Normales en Castilla-La Mancha. Siglos XIX y XX por Francisco Asensio Rubio | 146 - 175 |
| La Enseñanza Secundaria y Universitaria en Castilla-La Mancha por Francisco Asensio Rubio | 176 - 197 |
| Bibliografía temática comentada por Francisco Asensio Rubio | 198 - 211 |

Miscelánea

Vino y cooperativismo: La Cooperativa “El Progreso” de Villarrubia de los Ojos (1917-2017)
por Francisco Asensio Rubio 215 - 234

Pedestales romanos para estatuas sedentes de la provincia Hispania Citerior: una aproximación
por David Martino García 235 - 245

Reseñas bibliográficas

CORTÉS ARRESE, M.: *Arte en Castilla-La Mancha*. Tomo I. De la Prehistoria al arte Gótico. Tomo II. Del Renacimiento a la actualidad, Toledo, Añil, 2017. 248 - 249

SÁNCHEZ LUBIAN, E.: *Luisa Alberca reina de los seriales en la radio de los 50*, Ciudad Real, BAM, introducción. 259 - 252

Colaboradores del Dossier

Colaboran en este Dossier 253 - 255

Equipo Editorial

Componentes del Equipo Editorial de *La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura* 256 - 258

Números anteriores y próximo número

Números anteriormente publicados 259 - 260

Próximo número 261 - 262

ARQUEOLOGÍA PROTOHISTÓRICA EN CASTILLA-LA MANCHA: LA EDAD DEL HIERRO

ISSN: 2386-2491

Luis Benítez de Lugo Enrich
Departamento de Arqueología y Prehistoria
Universidad Autónoma de Madrid
luis.benitezdelugo@uam.es

<http://orcid.org/0000-0003-2000-6293>
<http://www.researcherid.com/rid/R-5521-2016>

RESUMEN:

Este trabajo presenta la descripción y análisis de la Edad del Hierro en Castilla-La Mancha. Desde una perspectiva diacrónica y sintética se aborda el estudio de las diversas comunidades prerromanas de la región (celtíberos, carpetanos, vettones, oretanos, etc.), explicando los territorios en donde se desarrollan y las peculiaridades socioculturales que las diferencian de sus vecinos. Además, esta síntesis presenta los principales yacimientos arqueológicos de la Meseta Sur, así como la nómina de los investigadores más relevantes que han aportado información para explicar este período histórico.

ABSTRACT:

This paper presents the description and analysis of the Iron Age in Castilla-La Mancha. From a diachronic and synthetic perspective the study of the diverse pre-Roman communities of the region (Celtiberians, Folders, Vettones, Orethane, etc.) is explained, showing the territories where they develop and the sociocultural peculiarities that differentiate them from their neighbors. In addition, this synthesis presents the main archaeological sites of the South Iberian Plateau, as well as the list of the most relevant researchers who have contributed to knowledge of this historical period.

PALABRAS CLAVE: *Protohistoria, Meseta Sur, Romanización, pueblos prerromanos.*

KEYWORDS: *Protohistory, Iberian South Plateau, Romanization, pre-Roman people.*

Al finalizar la Edad del Bronce los diferentes grupos culturales que habitaban la Meseta Sur recibieron y asimilaron diversas influencias externas, a diferente ritmo y con intensidad variable. Nuevas bases demográficas, sociales y económicas articularon un proceso de cambio que derivó en la etnogénesis de las comunidades prerromanas. La personalidad de éstas resulta detectable, a través del estudio de las fuentes clásicas y del registro arqueológico, en la segunda mitad del primer milenio a.C.

Dos son las fases en las que tradicionalmente se ha secuenciado este proceso: la Edad del Hierro I y la Edad del Hierro II.

1.- EDAD DEL HIERRO I:

El tránsito entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro en el área castellano-manchega no es aún un período bien conocido, aunque su importancia parece grande. En aquellos momentos se prefi-

gura la red de influencias culturales que cristalizará en la formación de los pueblos históricos citados por las fuentes grecolatinas. Así, en el área norte de la región, en la que pueden incluirse parte de las provincias de Cuenca y Guadalajara, el horizonte Cogotas I entró en proceso de disolución por problemas no bien conocidos, entre los que se han señalado los internos de las propias sociedades -tal vez los ambientales- o, quizás, aquellos derivados de los propios influjos meridionales procedentes del suroeste. El fin de la fase de Cogotas I se viene situando en la Meseta entre el 900 y el 850 a.C., en un ambiente caracterizado por la presencia de objetos procedentes de relaciones comerciales de ambiente atlántico o suroccidental, como la espada pistiliforme de Carboneras (Cuenca) -en torno al cambio de milenio-, el hacha con apéndices laterales de Alarcón (Cuenca), las de talón de Fuente Sabinán y Rueda, en Guadalajara, o la de talón y dos anillas de Cardenete (Cuenca). A estas piezas se añaden el puñal del Carpio de Tajo o la espada de lengua de carpa de Sigüenza. Será en esta etapa cuando se gesten los rasgos culturales característicos de los pueblos que las fuentes antiguas adscriben al ámbito de la Celtiberia.

La génesis de la cultura celtibérica es un tema esencial desde los inicios de la investigación sobre este grupo cultural. La tesis difusionista tradicional, planteada por P. Bosch Gimpera, relaciona a este pueblo con invasiones procedentes del norte de Europa. Ello implica una evidente dificultad en la investigación, ya que el registro material no se relacionaba con el hallado en Europa en la misma época. Una hipótesis alternativa posterior fue la planteada por M. Almagro Gorbea,

para quien es casi imposible seguir considerando que el origen de los celtas hispanos deba buscarse en los Campos de Urnas, circunscritos al área nororiental, sino que se debe rastrear en un sustrato protocelta relacionado con el círculo atlántico que se extiende hacia la Meseta en la transición del Bronce Final al Hierro. Podría ser este sustrato protocéltico el que dio lugar a la cultura celtibérica, hecho que además explicaría las similitudes entre los grupos de ambas zonas.

Por otro lado, no debe desdeñarse la presencia de aportes étnicos de los Campos de Urnas en el área oriental de la Meseta, que quizás fueron portadores de una lengua indoeuropea que precede a la celtibérica y que se conoce por documentos epigráficos anteriores a los dos primeros siglos de la era.

En este sentido, se ha convenido en denominar Protoceltibérico a un periodo de tiempo situado en los siglos VII-VI a.C., durante el cual se gestó la cultura celtibérica. Desde el punto de vista arqueológico se detecta una cierta continuidad poblacional con los elementos propios de Cogotas I, a los que se añade la irrupción de otros nuevos de los Campos de Urnas Recientes del Valle medio del Ebro, que son reflejo de las relaciones entre ambas zonas. Así, algunos yacimientos de Molina de Aragón parecen indicar una clara vinculación con el mundo de los Campos de Urnas, según apunta M. L. Cerdeño Serrano.

A partir del siglo VII a.C., el castro es ya el elemento esencial del poblamiento celtibérico. Presentan un tamaño menor al de los *oppida* ibéricos que proliferan al sur de la meseta. Son numerosos los castros de pequeñas dimensiones, en tanto que los mayores no superan las 5 has. La elec-

ción del emplazamiento estuvo supeditada a las posibilidades de estrategia y defensa. Por esta razón responden a una serie de constantes como la situación en lugares elevados -aunque no excesivamente-, con frecuencia enmarcados por ríos o arroyos, dentro de una variedad importante de configuraciones topográficas: en espolón o espolón fluvial, en meandro, en llano, en ladera o en colina, siendo este último el tipo más frecuente en tierras de Guadalajara. Dentro de las murallas se ubicaron cabañas circulares excavadas en la roca como las presentes en los Castillejos de Fuensaúco en el siglo VII a.C., que pronto fueron sustituidas por habitaciones rectangulares, ya documentadas en el siglo V o algo antes.

El trazado interno de los castros tiene como constantes la calle central y las casas rectangulares, documentadas en las fases iniciales de La Coronilla (Prados redondos) y de El Ceremeño (Herrería). En La Coronilla, durante la I Edad del Hierro están presentes algunos elementos que serán comunes a los castros celtibéricos, tales como las viviendas rectangulares adosadas entre sí, con muro trasero corrido que frecuentemente forma parte de la muralla, muros de mampostería y suelos de tierra apisonada. El Ceremeño es un castro de 2000 m², fortificado, con una ordenación urbana articulada en dos calles perpendiculares y una de las viviendas con distribución tripartita con vestíbulo, habitación central y despensa. La ocupación fue destruida por un incendio que recuerda a otros habidos en el Bajo Aragón durante la fase del Ibérico Antiguo. Entre los materiales allí recuperados destacan las cerámicas a mano con grandes recipientes de almacenamiento y otras correspondientes a vasos bicónicos, jarri-

tas de perfil en S (en ocasiones con decoración grafitada) y cerámica elaborada a torno, en su mayoría importada. También se encuentran cerámicas ibéricas pintadas o grises, y objetos de metal destacables, como una fíbula de tipo Acebuchal. El conjunto ha sido fechado en el siglo VI a.C.

Otros dos yacimientos a destacar son el Castro de El Palomar y el poblado de El Turmielo, ambos en Aragoncillo (Guadalajara). El primero tiene una fase del siglo VI a.C., con muralla siguiendo el perímetro del cerro y viviendas interiores adosadas entre sí, con cerámicas a mano y a torno al igual que La Coronilla, y destrucción por incendio. En el segundo, un nivel de ocupación corresponde al Bronce Final-inicios del Hierro I, con habitaciones con zócalos de piedra y paredes de adobes o tapial

Desde las fases antiguas han sido registradas algunas de las características de las necrópolis celtibéricas, ubicadas en zonas llanas, vegas o llanuras con ligera pendiente, siendo habitual la proximidad a los cursos de agua, y al hábitat, existiendo en algunos poblados más de una necrópolis. Algunas carecen de ordenación espacial interna -como sucede en el caso de Atienza-, mientras en otras las tumbas estaban ordenadas en calles a veces empedradas, con estelas alineadas señalando sepulturas, tal en El Altillo de Aguilar de Anguita, en Aragoncillo y en Riba de Saelices, todas en Guadalajara. El ritual funerario era la cremación a temperaturas entre los 600-800° C, en una pira donde el cadáver era colocado en posición de decúbito supino (La Yunta). Una vez quemado eran recogidos los restos y depositados en un hoyo, siendo acompañados a veces por restos de fauna -

seguramente procedentes del banquete- y armas inutilizadas intencionadamente. Raramente han sido documentados los *ustrina*, que se suponen en Aguilar de Anguita por la presencia de zonas con muchas cenizas, en Riba de Saelices y Atienza, donde han sido hallados en los espacios libres de enterramiento, y en Molina de Aragón, de forma oval y delimitados por piedras.

A la fase Protoceltibérica (s. VII-VI a.C.) pertenecen los enterramientos tumulares de las necrópolis de Molina de Aragón, Atienza, Uceró, Carratiermes y La Umbría en la Celtiberia, y en el resto de la Meseta El Pajaroncillo (Cuenca). Así también la fase de Sigüenza I con estructuras tumulares y cerámicas a mano y armas de hierro. Los túmulos de El Pajaroncillo son construcciones de forma circular u oval, en un caso cuadrada, construidas con lajas y cista o cámara central. También una cronología dentro del Protoceltibérico tienen los de Molina de Aragón.

La mitad meridional de la región presenta facies de I Edad del Hierro imbuidas de fenómenos de mestizaje cultural que denotan relaciones con los ámbitos peninsulares afectados por la instalación de gentes procedentes del mediterráneo oriental, dando lugar a manifestaciones que se vienen incluyendo en el ambiguo término de período “Orientalizante”. Estas influencias dibujan un panorama en el que los efectos se encuentran más diluidos a medida que nos alejamos de los ámbitos que las irradian.

Así, en las tierras incluidas en la mitad sur de Ciudad Real y el suroeste de Albacete -espacio perteneciente a las Cuencas Media y Alta del Guadiana- se encuadran las comarcas de Alcuía, Campo de Cala-

trava y Campo de Montiel. Los yacimientos excavados muestran un arranque ocupacional que coincide con la transición entre el Bronce Final y el Hierro I, momento a partir del cual quedan imbuidos en una dinámica cultural que les vincula con los ambientes tartésicos orientalizantes, configurando un espacio más a incluir dentro de la llamada “periferia tartésica”. La uniformidad material que revela este horizonte permite su identificación como un período Orientalizante semejante al extremeño, si bien restan aún por definir aspectos muy importantes de estas sociedades que ilustren la dialéctica mantenida entre las élites de esta periferia y las comunidades del área nuclear. Es importante hacer constar que, desde su inicio, este período está asociado a la realización de estructuras de hábitat estable con construcciones “en duro”, así como a la presencia de materiales cerámicos realizados a torno (cerámicas grises y pintadas). A estos síntomas tecnológicos debieron acompañar elementos de la esfera ideológica que operaron las transformaciones sociales y políticas que explican el alumbramiento posterior de la fase ibérica en este ámbito perteneciente a Oretania Septentrional.

El caso de *Sisapo* (La Bienvenida, Almodóvar del Campo), por su posición en el extremo suroccidental de Ciudad Real, resulta particularmente claro de esta integración en la periferia tartésica. De hecho, parece estar en contacto directo e intenso con el suroeste desde momentos bastante antiguos, según evidencia el material conocido. El ámbito territorial en que se ubica está asimismo en contacto con el territorio extremeño emplazado en la cuenca media del Guadiana y con la Alta Andalucía, según se infiere de la pre-

sencia de materiales característicos de ambas zonas. Hacia el este, asentamientos como Alarcos (Ciudad Real), Cerro de las Cabezas (Valdepeñas), *Mentesa Oretana* (Villanueva de la Fuente), *Laminium* (Alhambra) o *Libisosa* (Lezuza), eligen para su ubicación puntos estratégicos en relación con las grandes arterias de comunicación que conectan con la Alta Andalucía, el sureste y los territorios septentrionales de la Meseta. Esta ubicación parece subrayar que las relaciones entre estas comunidades de la periferia y las del área nuclear está fundamentada en una red de intercambios comerciales.

En la cuenca alta y media del Tajo, el proceso es sensiblemente distinto. En esta zona se asiste a una renovación en los modelos ocupacionales en relación con los establecimientos de un Bronce Final adscrito al horizonte Cogotas I. Estos cambios implican una diversificación de las estrategias de explotación económica que parecen centrarse en torno a una explotación más intensa de los recursos agrícolas en combinación con las actividades ganaderas. No obstante, los parámetros de su cultura material revelan cierto mantenimiento de tradiciones anteriores en cuanto a las técnicas constructivas, que continúan aferradas al modelo de cabañas realizadas con materiales perecederos. Dentro de una tónica general la zona está abierta a contactos con los ambientes meridionales que se concretan en la presencia de determinadas modalidades decorativas cerámicas, algunas de las cuales, como los recubrimientos de almagra, pueden estar imitando los acabados de los engobes rojos fenicios, aunque están ausentes totalmente de estos contextos los materiales a torno característicos del horizonte orien-

talizante del sur. A estos contactos con las áreas meridionales se añaden los mantenidos con los círculos culturales del valle del Ebro y la Meseta Norte. Ahora bien, en el marco de esta interacción que podríamos denominar de baja intensidad que caracteriza el área madrileña y parte de la provincia de Toledo, destacan ciertas manifestaciones de raíz claramente orientalizante que se concretan en un ámbito ritual muy específico. El enterramiento de Casa del Carpio (Belvis de la Jara) cuenta con una situación próxima a un vado, tal y como sucede en casos similares localizados en la vecina área cacereña. Este modelo se completaría con la implantación de enclaves en lugares estratégicos para el control de los pasos del río y, por ende, para garantizar la fluidez de los intercambios entre las zonas situadas en torno a ambos márgenes. Se fomenta de este modo la imagen de la gradación de intensidad decreciente en sentido S-N de los fenómenos orientalizantes en la Meseta Sur.

Las tierras de Albacete muestran también una diversidad acorde a la proximidad a determinados círculos culturales. El Campo de Montiel albacetense se enmarca dentro de la dinámica que caracteriza las cuencas alta y media del Guadiana. Por su parte, Campo de Hellín muestra vínculos indudables con el sureste, así como influjos del área de implantación fenicia localizada en la provincia de Alicante. Estas mismas influencias penetran hasta los Llanos de Albacete y el área de Chinchilla, donde confluyen con los aportes venidos desde la Alta Andalucía. La interacción producida por estas corrientes desencadena los procesos que conducirán a la aparición de fórmulas de vida urbana con un alto grado de comple-

alidad social, cuya cúspide está representada por una monarquía sacra, según evidencia el monumento de Pozo Moro (Chinchilla de Monte-Aragón).

Los procesos orientalizantes que se observan en estas tierras superan ampliamente la barrera de los meros intercambios comerciales, dando pie a defender la existencia de una fase orientalizante en este ámbito geográfico que, según M. Almagro Gorbea se inscribe también en la periferia de Tartessos. Así lo demuestra también el asentamiento de Los Almadenes (Hellín), con una arquitectura compleja y un bagaje material desarrollado que está apuntando los caminos que regirán el nacimiento de la Cultura Ibérica en estas tierras.

2.- EDAD DEL HIERRO II:

El ámbito territorial incluido en la región castellano-manchega presenta durante la II Edad del Hierro un mosaico étnico-cultural complejo en el que se encuentran representadas algunas de las manifestaciones culturales de mayor personalidad que definen la etapa última de la Protohistoria peninsular. Los procesos formativos de estas entidades culturales cuentan entre sus ingredientes con sustratos indígenas sobre los que actúan influjos foráneos de diverso signo. Así, las áreas meridionales incorporadas en las actuales provincias de Ciudad Real y Albacete, con un Bronce Final influido por las corrientes del suroeste sobre el que interactúan los ecos de la presencia fenicio-púnica y griega en las áreas meridionales y levantinas, albergaron el desarrollo de poblaciones ibéricas. Por su parte, hacia el norte, las tierras de Toledo, Guadalajara y Cuenca, donde se constatan desde fechas antiguas

elementos del Bronce Atlántico que darán lugar a un sustrato antiguo que Almagro Gorbea define como Proto-celta, se convirtieron en la sede física de pueblos de raíz céltica, que las fuentes clásicas denominan “celtíberos”. En la práctica, esta zonificación adquiere límites más difusos, mostrando zonas de contacto donde se mixtifican las manifestaciones culturales más características de estos dos grandes grupos de pobladores prerromanos.

El estudio de esta etapa de la Protohistoria castellano-manchega puede ser seguido por yacimientos de las provincias de Albacete y Ciudad Real con *facies* fechadas desde inicios del siglo VI a.C. Ello no significa la inexistencia de poblados notables en otras provincias de la región, como puedan ser el de Fuente de la Mota (Barchín del Hoyo), Plaza de Moros (Villatobas), El Cerrón (Illescas), el Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo) o Los Rodiles (Cubillejo de la Sierra). No obstante, cabe recordar que el descubrimiento de la cultura ibérica tuvo lugar en las tierras de Albacete desde el siglo XIX, a partir de los hallazgos habidos en el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo) y, poco después, con el descubrimiento de la Bicha de Balazote, además de otras muestras de la plástica ibérica. Desde entonces el término de “ibérico” dejó de ser una mera referencia de los escritores griegos y romanos para convertirse en un concepto dotado de una estructura cultural y social propias. Desde el siglo XIX arranca la historiografía de la Cultura Ibérica. Durante el siglo XX han ido perfilándose los distintos aspectos de una cultura compleja y rica que ocupó el litoral del levante peninsular con penetraciones en el Valle del Ebro y las tierras andaluzas, llegando hasta el norte del valle del Guadiana en

las actuales provincias de Ciudad Real y Albacete.

El proceso formativo de la cultura ibérica parte de los fenómenos de interacción que se desencadenan entre los sustratos culturales existentes en las diversas zonas que se integran en ella y los elementos coloniales; fenicios primero y griegos después. Ha destacado M. Almagro Gorbea cómo estos contactos no fueron homogéneos ni sincrónicos en todas las áreas, circunstancia que explica la diversidad regional y de ritmos que caracteriza la cultura ibérica.

Durante muchos años la transcripción literal de los textos de autores greco-latinos llevó a pensar que, en Castilla-La Mancha, la franja situada al norte del río Júcar era celtíbera, la central y oriental bastetana, y la occidental oretana. Sin embargo, los descubrimientos arqueológicos de los últimos años han ido perfilando caracteres específicos de esos pueblos, de manera que hoy es posible decir que la mencionada franja del Júcar es netamente ibérica en la estructura de sus poblados, sus utensilios y escritura (vajilla de Abengibre, grafitos del Abrigo de la Reina de Alcalá del Júcar) y en otros aspectos de la cultura material bien patentes en los descubrimientos de Iniesta (Cuenca). Los bastetanos, extendidos preferentemente por la Alta Andalucía, sólo rozaron estos lugares en la cuña más meridional de la actual demarcación de la provincia de Albacete.

Desde los últimos siglos del primer milenio a.C. diversos materiales ayudan a situar estos pueblos dentro de las etnias mencionadas por los autores clásicos, sirva de ejemplo como la ciudad oretana de Cástulo (Linares, Jaén) extendió su influencia monetaria hasta poco más al este

de *Libisosa* y, más tarde, en época romana, las inscripciones funerarias encontradas en Lezuza muestran como las élites rectoras de la ciudad procedían de aquel territorio oretano. Por su parte, los contestanos se situaron al este, desde Carthago Nova hasta la llanura manchega, abarcando el Campo de Hellín. Los oretanos del norte estuvieron asentados en la actual provincia de Ciudad Real.

Esos pueblos estaban organizados en tribus o jefaturas, a cuyo frente había un reyezuelo o un jefe. Cada tribu tenía adscritos varios pueblos y ciudades, cuyo mayor tamaño y ubicación estaba en relación con su función jerárquica, de manera que los poblados de mayor tamaño hacían de cabecera de otros menores. Además, construyeron torres o atalayas para el control de vías y establecimientos menores dedicados a actividades industriales o agropecuarias.

El elemento rector del poblamiento ibérico fue el *oppidum*. En sentido genérico se viene definiendo el *oppidum* como un asentamiento fortificado, normalmente ubicado en altura o, al menos con un emplazamiento estratégico sobre el entorno. Los poblados ibéricos del área castellano-manchega no escapan a esta tónica general. Muchos de ellos están ubicados en altura, muchas veces aprovechando promontorios ya utilizados durante la Edad del Bronce. Es el caso de El Macalón (Nerpio), El Amarejo (Bonete) o El Tolmo de Minateda (Hellín), sin que ello signifique necesariamente que el hábitat fuera ininterrumpido. Dependiendo de las condiciones topográficas de cada zona las elevaciones son más o menos pronunciadas, pero generalmente no excesivamente altas si se tiene en cuenta que había que bajar diariamente a trabajar

los campos y pastorear el ganado, en un radio que dependía de la productividad del suelo, pero también del camino que una persona podía recorrer diariamente a pie en viaje de ida y vuelta. Asimismo, influyó en la elección de los lugares donde asentar los poblados la posibilidad de establecer contactos comerciales con otros lugares y, por supuesto, la propia configuración de los cerros y su potencial carácter defensivo natural.

La unión de distintas vías de comunicación naturales originó caminos de larga distancia, apoyados en tramos menos relevantes. Entre los primeros podemos mencionar un camino que, desde el Alto Jalón, enlazaba con el río Júcar, relacionando estas tierras con el Valle del Ebro y la Celtiberia. El segundo desde Levante a Andalucía a través de la llanura manchega y Campo de Montiel, pasando por importantes *oppida* (*Mentesa Oretana*, *Libisosa*) y santuarios (Cueva de la Lobera-Los Altos del Sotillo, en Castellar de Santiesteban). El tercero también enlazaba estos últimos lugares, pero mediante una ruta más meridional a través del río Segura y sus afluentes. Un cuarto, al oeste de la región castellano-manchega, enlazaba las zonas mineras de *Sisapo* con Andalucía, la Meseta noroeste y Extremadura.

Por lo que respecta a la evolución del poblamiento ibérico en la actual región castellano-manchega, hubo procesos de continuidad, de reocupación y de abandono de los poblados, no siempre bien constatados arqueológicamente. Por ejemplo, en El Macalón (Nerpio), el poblamiento fue continuo desde finales de la Edad del Bronce hasta un periodo que tuvo que ver con el abandono de muchos lugares como consecuencia de la Segunda Guerra Púnica. También hubo continui-

dad en la población del Bronce Final en yacimientos de Ciudad Real como *Sisapo*, *Mentesa Oretana*, *Laminium*, Cerro de las Cabezas o Alarcos.

En El Amarejo (Bonete) a la fase del Bronce Final siguió un periodo de abandono para ser reocupado el cerro en el siglo IV a.C. y decaer a finales del III o en los comienzos del II a.C. El poblado de Los Almadenes (Hellín) fue destruido violentamente y abandonado en la segunda mitad del siglo V a.C. Los factores provocadores de estos fenómenos parecen estar en relación con cambios sociales. Se ha pensado en la sustitución de monarquías sacras por sociedades aristocráticas, pero también deben considerarse otros factores como la potenciación de determinados caminos de tránsito frente a otros, las propias explotaciones del medio natural o posibles conflictos bélicos.

A partir del siglo V a.C. se sitúa el desarrollo álgido del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas), con tres fases de ocupación hasta finales del siglo III a.C.: durante la primera se construyeron estructuras de habitación rectangulares unidas entre sí formadas por zócalos de piedra y alzados de adobes; en la segunda, esas estructuras volvieron a utilizarse, pero el poblado se ordena con calles de 4 m de anchura, así como en torno a otras con esquinas en ángulos abiertos y recintos abiertos. Asimismo se amuralla en una longitud cercana a los 1750 m, con un sistema defensivo formado por dos muros paralelos con relleno interior de piedras y tierra. Esta muralla de cajas se data a mediados del siglo V a.C. A inicios del siglo IV se realizan lienzos ciclópeos y ya en el siglo III a.C. un nuevo lienzo de muralla seccionó el poblado en dos, y se construyó la acrópolis. La última fase de ocupación mues-

tra ya un urbanismo plenamente configurado con manzanas delimitadas por calles que pone en valor estructuras de épocas anteriores junto a otras de nueva obra.

También el *oppidum* de Alarcos (Ciudad Real) se encuentra fortificado, si bien la documentación de la estructura defensiva es dificultosa a causa de los movimientos realizados para la construcción de la muralla medieval. No obstante, sus excavadores proponen un trazado similar al de ésta, por lo que el perímetro del núcleo estaría abrazado por una muralla de 1500 m lineales, con pequeñas torres circulares y contrafuertes. Se han registrado varias fases de ocupación, la más antigua relacionada con cerámicas a mano y a torno. Una segunda está representada por habitaciones cuadradas de carácter doméstico, construidas con muros de tapial o piedra, bancos adosados y pavimentos de arcilla roja. La tercera representada por dos habitaciones rectangulares de un mismo edificio, separadas por un tabique de adobes, fechado por la presencia de cerámicas griegas a finales del siglo V a.C. o inicios de la centuria siguiente. El último momento de ocupación fue el de la madurez del desarrollo urbano del poblado, con varias calles, la principal de 6 m de anchura pavimentada con lajas de caliza; las viviendas tienen zócalos de piedra y alzados de adobes y suelos de tierra apisonada.

Menos información sobre el urbanismo ibérico ha proporcionado hasta el momento el yacimiento de *Sisapo*, si bien su sondeo A-1 (ab) mostró la actividad importante del centro en tiempos del Ibérico Pleno mediante construcciones domésticas realizadas a base de estancias rectangulares o cuadradas, con muros de zócalo de mampostería y alzado de tapial,

así como pavimentos de tierra batida y hogares de arcilla con base de fragmentos cerámicos. En un caso fue posible identificar un espacio abierto de uso probablemente comunitario con un horno de pan, con gran semejanza respecto al yacimiento alicantino de El Oral (San Fulgencio).

El Amarejo es ejemplo de un poblado de pequeñas dimensiones en los siglos IV-III a.C. Está ubicado en un cerro testigo situado en el Corredor de Almansa, dominando por el oeste la llanura que se extiende hacia Chinchilla. Los trabajos arqueológicos realizados desde 1978 permiten conocer la estructura de sus casas, alguna actividad económica, la presencia de un lugar de carácter ritual y algo de sus modelos religiosos. Al recinto se entraba por una puerta de madera de la que quedan huellas de sus quicialeras en la roca. Para la construcción de las viviendas se aterrazó el cerro e incluso se excavó la roca base, formando paredes y suelos rocosos. Las casas son de planta rectangular con zócalo de piedras y alzados de adobes, a veces revocos, y cubiertas de ramas trabadas con cal y tierra.

El Amarejo, como otros poblados, decayó como consecuencia de la Segunda Guerra Púnica y la conquista del territorio por parte de Roma. Desde los primeros años del siglo II a.C. se asiste a un periodo en el que la remodelación de los asentamientos fue la primera consecuencia de una nueva administración. La segunda consecuencia fue el inicio de un proceso que duró cerca de 200 años durante los que de manera paulatina fueron penetrando diversos elementos de la cultura romana tales como cerámicas, monedas, técnicas constructivas, lengua y escritura, que lentamente se introdujeron en la cultura ibérica, hasta que en los años

finales del siglo I a.C. las sociedades prerromanas habían asimilado ya la cultura romana en sus formas básicas.

Desde el siglo II a.C. tuvo lugar un proceso de pacificación y el control del territorio sometido a Roma se sustentó, entre otros, en una nueva distribución de la población indígena. Los poblados de pequeño tamaño fueron abandonados mientras que se potenciaron otros mayores, más estratégicamente situados, que poseían mejores defensas en caso de conflicto. Estos controlaban las explotaciones del suelo apoyados por pequeños establecimientos en las tierras más bajas. Algunos poblados ibéricos del territorio castellano-manchego experimentaron un periodo de auge. Son lugares situados en la periferia de Los Llanos de Albacete dando entrada a otras zonas geográficas, y que seguramente marcaban en origen fronteras étnicas. Por el noroeste, el Cerro del Castillo de Lezuza tuvo una ocupación antigua si nos fijamos de algunos objetos de temprana cronología encontrados en sus contornos, como una carrillera de caballo del siglo VII a.C. de la necrópolis de El Lobo, o cerámicas del siglo V a.C.

El cerro de Lezuza es actualmente de forma cónica, con laderas inclinadas y una accesibilidad relativamente fácil. Está bordeado por el río de Lezuza, que abría paso entre Los Llanos y la Alta Andalucía a través de Campo de Montiel. Las excavaciones que se vienen realizando muestran la pujanza en *Libisosa* del poblamiento ibérico previo a la concesión del estatuto colonial a la ciudad.

Al sureste, el Tolmo de Minateda también domina un paso natural hacia Carthago Nova, elevándose junto al arroyo de Tobarra, un cauce permanente que

tributa al río Mundo. Se trata de otra fortaleza natural con un acceso al oeste, y una muy amplia ocupación durante 2.500 años. La ocupación ibérica es imprecisa todavía en sus construcciones, pero a tenor de lo encontrado en lugares como El Amarejo, no es improbable el origen ibérico de algunas plantas de viviendas rectangulares talladas en la roca, así como el camino de acceso de igual ejecución. De morfología similar, la Piedra de Peñarrubia (Elche de la Sierra) tiene también un perímetro escarpado y un único acceso cerrado con una muralla. Las evidencias visibles muestran cimientos de construcciones de piedra que corresponden a la estructura urbana del poblado.

El papel de todos estos núcleos del área albaceteña fue posiblemente relevante desde épocas antiguas, pero tras la conquista se acentuó al quedar como los centros de población de mayores dimensiones, situados en lugares siempre estratégicos junto a vías de tránsito y con infraestructuras que permitían un mejor control del territorio de explotación de los recursos naturales. Otros de menores dimensiones fueron abandonados.

En la zona de Ciudad Real se pone de manifiesto una época convulsa para el poblamiento en los *oppida* indígenas a partir del siglo III a.C. Si bien la ocupación parece continuar en algunos de ellos, como es el caso de *Laminium*, *Mentesa Oretana*, *Almedina*, *Sisapo* o *Libisosa*. Sin embargo, en otros grandes *oppida* ibéricos de, como Cerro de las Cabezas o Alarcos, no se han detectado hasta el momento materiales propios de la romanización encima de los estratos ibéricos. Es probable que a partir del siglo II a.C. su ocupación se viera progresivamente reducida, llegando a producirse un proceso de des-

cimiento del *oppidum* al llano. Este traslado de la ocupación puede entenderse en el marco de la romanización y ha sido detectado en numerosos casos en la Península Ibérica. Alarcos posee evidencias numismáticas de frecuentación en la etapa inicial de contacto entre Roma y las comunidades indígenas, si bien a inicios del siglo I a.C. el registro enmudece y no se detectan signos de reocupación hasta la época medieval. Otros lugares, como *Sisapo*, Cerro Domínguez, *Mentesa Oretana*, *Laminium* o Almedina poseen niveles de fines del siglo II o ya del I a.C., hecho que acredita la continuidad de una ocupación que se mantiene hasta tiempos avanzados.

Uno de los aspectos más difíciles de aprehender en el estudio de una sociedad antigua es el ideológico-religioso. Aunque la Protohistoria no es una excepción a esta dificultad, se vienen sucediendo en los últimos tiempos varias líneas de investigación centradas en el análisis de las evidencias materiales relacionadas con el culto, así como con el estudio e interpretación de sus escenarios y de iconografía contenida en la cultura material.

En general, la idea de las fuerzas que presidían el mundo para las gentes de la edad del Hierro se circunscribe a los elementos naturales, númenes con los que explicar los caprichos de la naturaleza y preguntas en torno a la humanidad. También debieron adoptar cultos o al menos una determinada veneración por dioses aportados por otras culturas colonizadoras. Ello explica la presencia en la Península Ibérica de diversas representaciones ligadas a la diosa fenicia Astarté, de la que en territorio castellano-manchego se han registrado diversas representaciones, como la figura de hetaira en el quemaper-

fumes de La Quéjola (San Pedro), datado a finales del siglo VI a.C.; las imágenes de la diosa sentada del relieve de Pozo Moro y del mosaico de cantos del Cerro Gordo (Iniesta); o las figuras de Alarcos. Sin embargo, nuestro conocimiento de la religión ibérica es todavía muy escaso, aunque parece que habría aquí una cierta reinterpretación de los roles desempeñados por dioses y númenes en su contexto originario. Así, la denominada Bicha de Balazote no sería aquí el semidiós griego, sino que, a decir de los expertos, más bien actuaría como un elemento protector de la tumba a la que originalmente perteneció. Ese mismo carácter apotropaico tuvo la esfinge de Haches (Bogarra), la de Alarcos, la de Segóbriga (Riba de Saelices) y la de Ontur. Otras figuras, como la del ciervo, tenían la propiedad de transportar las almas al mundo de ultratumba. Ese pudo ser el significado de la Cierva de Caudete.

Los lugares de culto se localizan en el interior de los poblados (El Amarejo, Alarcos, La Quéjola, Cerro de las Cabezas), en cuevas (La Reiná, Alcalá del Júcar, Cueva de la Lobera-Castellar de Santiesteban y Collado de los Jardines-Santa Elena) o en el campo (Cerro de los Santos). De los primeros, en El Amarejo el departamento 4, la estructura adyacente al pozo y el propio pozo excavado en la roca, han sido interpretados como un lugar de carácter sacro ubicado en la plataforma superior del cerro. En Alarcos se descubrió una gran estructura que parece corresponder a un santuario. De esta sólo se conservan dos lugares intactos, con pavimentos formados por tierra y piedras pequeñas. La presencia de más de 50 exvotos de bronce, fibulas, punzones, cerámicas y dos cabecitas de la diosa Astar-

té, han vinculado el lugar al de un santuario cuyos inicios se estiman en el siglo IV a.C. o entre los siglos V-III a.C., y cuyos exvotos figurados se relacionarían con los de Collado de los Jardines (Despeñaperros) del siglo II a.C. En Cerro de las Cabezas se localiza el santuario cuyos muros están orientados a la puerta norte del poblado y en alineación con el amanecer de los equinoccios y el solsticio de verano. Está constituido por una habitación pentagonal en cuyo interior se hallaron tres betilos. Forma parte de un edificio mayor integrado por diversas habitaciones de función doméstica. En este contexto se han hallado restos de ofrendas constituidas por urnas globulares, cerámicas a mano, pesas de telar quemadas, fichas de cerámica y numerosos restos óseos. Se interpreta como un santuario de carácter familiar, relacionado con la clase dominante de este sector del núcleo urbano.

Entre las cuevas-santuario destacan las de La Camareta (Hellín), con figuras ibéricas grabadas en el interior, que han sido vinculadas con el culto. El Abrigo de La Reina (Alcalá del Júcar) tiene igualmente grafitos inscritos en sus paredes. Ambos son de signo muy local.

Dentro de unas corrientes comunes en el I milenio antes de Cristo, algunos lugares asociados a bosques, fuentes o manantiales gozaron de un prestigio sagrado. En el territorio de Albacete una pequeña eminencia ubicada junto a la Cañada de Yecla, el Cerro de los Santos, gozó de esa consideración. Allí hubo un bosque deforestado en el siglo XIX a consecuencia de un incendio, y a sus pies corría un arroyo de aguas sulfatado-magnesiadas de las que se han señalado sus propiedades terapéuticas. Además, se situaba junto a

una de las vías de comunicación más transitadas en la Antigüedad en la Península Ibérica, como es la que unía las costas de Levante con Andalucía. Desde el siglo IV a.C. el Cerro de los Santos debió ser lugar de peregrinaje al que fieles devotos, agradecidos por un bien recibido, iban a depositar sus ofrendas. Desconocemos si allí hubo una edificación antigua de culto y cuáles serían sus características. Lo que sí es seguro es que en el siglo II a.C. se construyó -o remodeló- un edificio de planta rectangular, elevado, al que se accedía a través de tres escalones que daban paso a una puerta flanqueada por dos columnas. En su interior contaba con una nave y un banco corrido adosado a las paredes.

Además de la información procedente de los poblados o de los santuarios, son sin duda las necrópolis los lugares que proporcionan una más amplia información sobre las creencias y la ideología del mundo protohistórico, pues su singularidad de lugar sacro ha motivado una más larga perduración en el tiempo y una mejor conservación de los objetos depositados como ajuares.

Las necrópolis de la Edad del Hierro registradas en Castilla-La Mancha son ya numerosas y su análisis detallado constituye una aportación excepcional al conocimiento de esta esfera ideológica en el territorio de expansión de los pueblos ibéricos. Las tierras de Albacete son, por el momento, las más ricas en testimonios funerarios investigados.

Las necrópolis se ubicaron en las proximidades de los lugares de habitación, bien al amparo de éstos (necrópolis septentrional de El Tolmo de Minateda) o algo alejadas (Cola de Zama Norte y Torrechea, también en relación con El

Tolmo de Minateda). En unos casos se identifican espacios delimitados por el color de las tierras (Los Villares de Hoya Gonzalo), por muretes (septentrional del Tolmo) o simplemente por monumentos funerarios de importancia. Es frecuente que las tumbas más monumentales fueran erigidas junto a vías de comunicación, incluso las más alejadas de los poblados (Pozo Moro), indicando al viajero el poder de quienes allí estaban enterrados.

El rito fúnebre fue siempre el mismo: el cadáver adulto era quemado en una pira levantada en un lugar especial (*ustrinum*) y, una vez completada la cremación, los restos óseos eran lavados y depositados, junto con carbones y cenizas, en el interior de hoyos abiertos en el suelo. Dependiendo del poder adquisitivo del difunto los huesos se colocaban directamente sobre el suelo o en el interior de vasijas más o menos ricas tapadas con piedras (Camino de la Cruz de Hoya Gonzalo), con otras cerámicas (Llano de la Consolación, El Tolmo) o mediante ambos sistemas (Cerro de las Cabezas). Las urnas podían estar acompañadas o no de un ajuar indicativo de su riqueza. A esta tónica generalizada escapan algunos enterramientos (generalmente infantiles) que se realizan en inhumaciones en el interior de los poblados (Hoya de Santa Ana, Cerro de las Cabezas) o en necrópolis (la septentrional de El Tolmo o Palomar de Pintado, en Villafranca de los Caballeros). En Los Villares (Hoya Gonzalo) dos tumbas muestran un rito tomado de la cultura griega como es la celebración de un banquete funerario en honor del fallecido. En ambas sus familiares y amigos bebieron y comieron en cerámicas griegas que luego fueron rotas y enterradas.

Desde hace algunos años se han realizado análisis de los fragmentos de huesos procedentes de las cremaciones, que han permitido conocer algunos datos en torno a la población. Los registros de Pozo Moro y de Los Villares de Hoya Gonzalo muestran un alto índice de mortandad, con una edad media no superior a los cuarenta años, así como cremaciones conjuntas de mujeres y niños según un rito que es desconocido.

La necrópolis de Los Villares se sitúa al norte del camino que más tarde será conocido como Vía de los Vasos de Vicallo. El espacio fue utilizado como cementerio entre finales del siglo VI y el segundo cuarto del IV a.C., con tres fases de ocupación: la primera, correspondiente a los inicios de la cultura ibérica, con algunos elementos orientalizantes y la aparición de las primeras tumbas con estructuras tumulares. La II fase se caracteriza por la generalización de las estructuras tumulares y por la utilización de escultura monumental de bulto redondo, entre las que destacan las figuras de sendos jinetes heroizados fechados en el 480 y 420 a.C. La fase III, en el siglo IV a.C. vio reducido el tamaño de las estructuras tumulares, la cerámica ática se generaliza como elemento de importación, y las armas hacen presencia muy activa entre los ajuares de las tumbas. De los siglos V-IV a.C. es la necrópolis, también monumental, de El Salobral (Albacete), de la que proceden dos esfinges recuperadas a principios del siglo XX y que debían de formar parte de monumentos funerarios. Los tipos de tumbas registrados son, por una parte, las cremaciones en hoyo simple; por otra, las estructuras tumulares datadas en el siglo IV a.C. con unas dimensiones que no superan los 4 m de

lado. En algunos casos la cubierta se realizó con adobes y en otro el túmulo estaba constituido por grandes sillares de piedra caliza. Por otra parte, son abundantes las armas que, junto con las cerámicas griegas, constituyen dos de las singularidades de este cementerio. De estas cerámicas, la mayoría son piezas relacionadas con el consumo ritual del vino.

Como ejemplo de necrópolis más tardía es preciso citar el cementerio norte de El Tolmo de Minateda, ubicada al pie del cerro. Se trata de una necrópolis monumental formada por cuatro estructuras tumulares construidas con grandes sillares de piedra y *loculi* central, y un tercer monumento de adobes. La ubicación en ladera determinó el aterrazamiento del terreno y la limitación por un murete de dos espacios a distinta altura. La estructura de adobes contenía en su interior una cratera de cerámica ibérica decorada con motivos figurados alusivos a la vida de ultratumba: un ave de alas desplegadas ante una adormidera, y un ciervo pastando; la vasija estaba cubierta por un plato que imitaba la cerámica campaniense, y que fecha el conjunto en el siglo I a.C, mientras que los túmulos de piedra se datan en la centuria anterior.

En los cementerios el primer concepto de monumentalidad se encuentra materializado en las construcciones escalonadas sobrepuestas a las sepulturas. La idea de torre, es decir de un edificio elevado y originario del mundo oriental, está presente en Pozo Moro, en Balazote y en Haches (Bogarra). Pozo Moro en concreto se ha parangonado con sepulturas reales neohititas. El coronamiento de la cornisa con una moldura en forma de gola es frecuente en la cultura egipcia. Estos elementos fueron asimilados y re-

creados durante un tiempo mejor conocido en el siglo V a.C., al que también pertenece una cornisa de Caudete. La influencia de la arquitectura griega se vislumbra en elementos que cumplían, sobre todo, una función decorativa, como las ovas de algunos fragmentos arquitectónicos de la necrópolis de La Torrecica, o las palmetas que coronarían sendas estelas funerarias de El Tolmo de Minateda. Pero los modelos no siempre llegaron por vía directa, sino a través de intermediarios. En este sentido el templo que presidía el santuario del Cerro de los Santos llegó desde la península itálica, al igual que los capiteles jónicos de las columnas de su portada.

La recuperación parcial de algunas esculturas o fragmentos de éstas en el Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo), en Casa Quemada (Albacete), Alarcos, Alcubillas, *Laminium* o La Losa (Casas de Juan Nuñez), permiten imaginar cómo la ornamentación de las necrópolis contendría escenas con figuras tomadas de la mitología como las esfinges (en Casa Quemada, Alarcos y El Llano de la Consolación), o con guerreros a caballo (Casa Quemada) u otros que asían a sus caballos por las bridas (La Losa), dentro de conjuntos funerarios que debían mover a la admiración de quienes los contemplaban. En Capuchinos (Caudete) se recogieron fragmentos monumentales arquitectónicos (cornisa con gola) y escultóricos (cierva, fragmentos de toros) que formarían parte de otro tipo singular de construcciones, los pilares-estela. Se trata de pilares cuadrangulares levantados sobre monumentos escalonados, coronados por cornisas y finalmente por esculturas. O por palmetas (El Tolmo) que recuerdan las sencillas y esbeltas estelas áticas.

O simplemente las estatuas se asentaban directamente sobre esos monumentos escalonados, magníficos ejemplos han sido hallados en Los Villares (Hoya Gonzalo) en sendos jinetes, que han permitido asociar este tipo de construcciones a tumbas concretas y por tanto obtener dataciones fiables para la escultura ibérica.

La misma necrópolis de Los Villares ofrece otros monumentos más simples como son los escalonados citados, que constituyen las bases de asiento de toda decoración esculpida (Pozo Moro, Llano de la Consolación, Los Villares), pero no siempre tuvieron decoraciones adicionales. Se levantaron sobre los hoyos donde se depositaron los restos procedentes de la cremación. Su estructura es variable en tamaño (desde los denominados “principescos” a otros de menores dimensiones) o en materiales empleados, bien sillarejo luego enlucido (Los Villares), adobes (Torreucha, El Tolmo), o sillares bien escuadrados (Hoya de Santa Ana, El Tolmo, El Salobral). Es frecuente la presencia de un hueco central (*loculus*) que en el caso de los de adobes estaba protegido por un enchado de piedras (El Tolmo), y más raramente cámaras funerarias (El Salobral), por influencias bastetanas. Hasta el declive de la cultura ibérica se siguieron construyendo monumentos escalonados como elemento distintivo, cuyo ejemplo se encuentra en la necrópolis norte del Tolmo de Minateda, donde se han registrado un total de cuatro, tres de piedra y uno de adobes. En los niveles inmediatos superiores sepulturas romanas, también sencillas cremaciones en hoyos, indican ya el inicio de una nueva época.

Por último, las cerámicas donde se depositaban los huesos podían haber for-

mado parte de la vida cotidiana de las gentes ibéricas, pero se conocen otras de uso exclusivamente funerario. Es el caso de las llamadas urnas de orejetas perforadas. Se trata de recipientes torneados en una sola pieza de la que con posterioridad se separaba el cuerpo de la tapadera, y que contienen unas pequeñas asas laterales perforadas que sellaban la tumba. Fueron fabricadas en un momento antiguo, sobre todo en el siglo V a.C., y se encuentran en numerosas necrópolis, como es el caso de Hoya de Santa Ana, El Llano de la Consolación o El Camino de la Cruz.

La escultura constituye una de las manifestaciones más significativas de la cultura material ibérica y también la de más antiguo conocimiento, ya que fueron precisamente obras escultóricas como las del Cerro de los Santos o la Bicha de Balazote las primeras realizaciones de esta cultura que asomaron al panorama científico durante el último tercio del siglo XIX. Toda la escultura ibérica conocida hasta el presente procede de contextos funerarios o religiosos, circunstancia que permite por el momento descartar la existencia de una gran escultura pública de carácter civil.

Según conviene en admitir el grueso de la investigación, la escultura ibérica en piedra surge en las postrimerías del siglo VI a.C. en un espacio geográfico con dos focos centrados en el Alto Guadalquivir – Jaén y Córdoba- y el Levante, conectados por la vía Heraclea a través de las tierras de Albacete.

El grupo más antiguo está representado por el monumento funerario de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete), fechado por contexto estratigráfico hacia el 500 a.C. Dentro de su repertorio se encuentran los cuatro leones tallados en los sillares de

esquina en el arranque del cuerpo prismático del monumento, sobre su base escalonada. Estas representaciones, por su forma y expresión remiten a influjos orientales. También recursos iconográficos de claro sabor orientalizante se encuentran en los frisos con relieves del primer cuerpo del monumento. En ellos se expresa una compleja mitología de origen oriental que, según M. Almagro-Gorbea, reflejaría las creencias sobre el origen y carácter divino del rey enterrado. Entre las escenas representadas se encuentra un banquete ritual. La recopilación de estos pasajes mitológicos además de honrar al difunto reafirman su linaje y la legitimidad de sus sucesores empleando como vehículo la técnica escultórica.

Ya desde el siglo V a.C., la presencia de los colonos griegos se deja sentir en algunas piezas de la estatuaria ibérica de la región castellano-manchega. A las más conocidas -la Bicha de Balazote y la Esfinge de Haches- podrían añadirse, otras como una cabeza del Llano de la Consolación en la que cubre su cabeza con un tocado a la manera de un polos o gorro griego. Con ellas se introduce un nuevo concepto de belleza, más idealizado, que se concreta en representaciones como la del Caballero de Los Villares (Hoya Gonzalo). Entre estas se inscribe el torso de caballo de La Losa, un magnífico ejemplar con bridas y manta con palmetas que remiten a los modelos clásicos. Pero también hay ejemplares muy esquemáticos, casi cubistas, a los que no es ajeno el concepto de belleza buscado en torno a los rasgos más esenciales de las figuras, tales los que se encuentran en la cabeza de toro y cierva de Caudete, ya presentes en los leones de Pozo Moro. Y finalmente hay esculturas de labra más tosca y des-

proporcionada, citemos al respecto en el jinete de Los Villares de Hoya Gonzalo cuyo modelo fue posiblemente el caballero antes citado, pero cuyo tratamiento del animal es más torpe en su concepción, e incluso trabajo, aunque ello no es obstáculo como para apreciar una obra dotada de sensibilidad representativa.

Todas estas esculturas son antiguas dentro de la cultura ibérica, y ejemplifican bastante bien las diversas influencias y talleres que debieron estar activos por esos tiempos. Diferenciaciones artesanales son también las que explican la diversidad de calidad que ofrecen las esculturas del Cerro de los Santos, cuyas representaciones pueden reducirse a esculturas femeninas, masculinas y animalistas y exvotos de bronce.

Las figuras femeninas del Cerro de los Santos, cuantiosas por su número, se han dividido en tres grupos atendiendo a su actitud sedente, orante o estante. Todas son buenos ejemplos para conocer vestimentas y adornos de las mujeres ibéricas, siendo tal vez la Gran Dama Oferente la que mejor lo explica. Las esculturas masculinas del Cerro de los Santos ofrecen ejemplares antiguos, pero otros están inmersos en las nuevas corrientes. La presencia de algunos ejemplares ataviados con la toga o el *pallium* romanos, en una fecha tan temprana como es el siglo II a.C., hace pensar en la adopción de modelos foráneos que llegaron en el ambiente cultural que había propiciado la poderosa factoría de Carthago Nova.

El fin de la cultura ibérica está influenciado por Roma. El Tolmo de Minateda lo ejemplifica en algunas de las esculturas allí halladas que ornamentaron la ciudad en un tiempo en que ya era romana, pero

cuyas técnicas de ejecución son típicamente ibéricas.

Uno de los rasgos más sobresalientes de las culturas protohistóricas castellano-manchegas es la variedad y riqueza de sus formas cerámicas, que evolucionan desde los vasos más antiguos realizados a mano, a los más depurados y profusamente decorados de los siglos II y I a.C. En su desarrollo tuvieron un papel importante la presencia de fenicios y púnicos, de griegos y de romanos. En las secuencias de la cerámica es preciso señalar algunos hitos que marcaron las distintas producciones a lo largo de los siglos. En primer lugar, la influencia fenicia, ya señalada. Desde el siglo V a.C. las importaciones de las cerámicas griegas supusieron un importante revulsivo para las producciones ibéricas, que por otra parte alcanzan a partir de entonces una extraordinaria riqueza en formas y decoraciones. Los nativos imitaron algunos de esos productos importados, en un cuadro de formas muy variado dedicado al servicio de mesa, tales como copas, jarras, crateras, fuentes y platos. A finales del siglo III y comienzos del II a.C. fueron las producciones campanienses las que inundaron el mercado ibérico. Paralelamente hicieron su aparición las cerámicas decoradas con motivos fitomorfos y zoomorfos que tanto auge tuvieron en la Contestania (estilos de Elche-Archena y Oliva-Liria) y en el Valle del Ebro.

Con importantes variedades regionales y señalados contrastes entre las áreas turdetanas (andaluzas) y las levantinas, en síntesis, las variables que ofrecen son las siguientes:

En el área oretana de la provincia de Ciudad real, durante el Período Ibérico Antiguo se hace sentir fuertemente la

influencia de las producciones orientalizantes, tanto desde el punto de vista formal y técnico como en lo que se refiere a ciertos usos decorativos como el empleo de la policromía. Las modalidades ornamentales más recurrentes consisten en anchas bandas en alternancia con líneas paralelas en espesa pintura roja, herederas de las decoraciones fenicias. En época algo más avanzada se imponen las bandas de semicircunferencias y circunferencias concéntricas. El repertorio formal se irá también ampliando, fenómeno éste que se acusa durante el siglo IV con las imitaciones de perfiles griegos. Una técnica decorativa de especial arraigo en esta área fue la impresión. Pequeñas estampillas con flores, pétalos, castilletes, etc., se asocian con frecuencia a las pinturas geométricas de los vasos. Junto a las cerámicas con decoración pintada encuentran también lugar las cerámicas de barniz rojo ibérico, caracterizadas por un acabado de un lustroso engobe rojo y un repertorio formal en el que están presentes tanto los platos, como las copas, cuencos, ollas, orzas y otras formas cerradas. Se producen también cerámicas grises sobre la tradición de los productos de época orientalizante, si bien se aprecia una tendencia a suavizar las carenas de los platos hasta convertirlos en cuencos hemisféricos.

En el ámbito albaceteño están presentes también las producciones grises y de barniz rojo ibérico, así como los materiales de acabado grosero con destino a las funciones propias de la cocina y el almacén. Durante el Ibérico Antiguo las producciones de cerámica pintada de las tierras de Albacete presentan rasgos semejantes a los reseñados para Ciudad Real. No obstante, se observa aquí una menor

tendencia a la policromía y un gusto por las composiciones más abigarradas de bandas, líneas y circunferencias, a las que siguen algo después las líneas onduladas verticales y horizontales. Desde el punto de vista tipológico las formas de inspiración griega se encuentran aquí mejor representadas (platos de pescado, copas con asas, pateras, etc).

Ya desde el siglo IV a.C. comienzan a entreverse los primeros ensayos de decoración figurada que se traducen en la realización de hojas y palmetas, para continuar con cenefas de roleos o la versión ibérica de los platos áticos con decoración de peces. Dentro de los desarrollos figurados más conspicuos el círculo de Elche-Archena, dentro de Contestania, extendió su radio de acción al interior de tierras albacetenses, siendo especialmente significativas las decoraciones de la comarca de Hellín: las piezas del Tolmo de Minateda con ciervos, aves, carnívoros, etc.; los carnívoros de Zama; los elementos simbólicos vegetales de Torreucha y Hoya de Santa Ana (Chinchilla), de cuya sepultura 0 procede un *kálatbos* influenciado por la cerámica de Azaila; las figuras del Cerro de los Santos cuyos guerreros se vinculan a producciones valencianas; o los vasos de Peñarubia (Elche de la Sierra) uno decorado con una pareja de lobos corriendo, otro con una procesión funeraria.

Por lo que respecta a las cerámicas importadas el registro de materiales fenicios en Castilla-La Mancha es limitado, localizándose en lugares de influencia orientalizante, tal como el fragmento de ánfora del que se conserva un sello con un personaje sentado, procedente de El Macalón (Nerpio). En cuanto a las importaciones griegas, su presencia coincide

con el apogeo de la época plena de la cultura ibérica. El primer periodo de las importaciones se sitúa entre el 450-350 a.C., con formas de cráteras (de columnas, de campana, etc.), escifos, copas de tipo Cástulo, cílicas y Saint Valentin (decorados con pintura blanca), destacando entre los hallazgos los *silicernia* de Los Villares (Hoya Gonzalo). Pieza relevante es el bolsal de Torreucha (Hellín) con dos tipos de grafitos en el fondo externo, uno es la repetición, por ocho veces, de la letra griega delta que alude al numeral deca = diez, indicando el número de piezas importadas en el lote; otro está trazado en caracteres púnicos cuya lectura, *aquí está*, es indicativa de una sepultura de la que la pieza formaba parte del ajuar. A mediados del siglo IV a.C. dieron comienzo las importaciones de cerámicas de figuras rojas, de las que los hallazgos más sobresalientes son la crátera y la lekanis de El Salobral (Albacete). El final de las importaciones coincidió con el final del siglo IV a.C. Las imitaciones de cerámicas griegas son relativamente frecuentes, citemos al respecto la copa tipo Cástulo de Pétrola (Albacete) o las cráteras de la necrópolis del Salobral.

La metalurgia fue una actividad económica de cierto peso en las comunidades ibéricas. Los artesanos ibéricos realizaron sus trabajos de metal en oro, plata, cobre, estaño, plomo, hierro. Los objetos de hierro comenzaron a ser frecuentes a lo largo del siglo VI a.C., en una fecha ciertamente tardía que se ha explicado porque los primeros hierros eran excesivamente dulces y no competían con los bronce, y fue precisa la presencia del hierro carburado para obtener una mayor dureza en los instrumentos, relegando el bronce a objetos y piezas ornamentales.

Los ajuares de las tumbas han proporcionado preciosos documentos de las artes del metal en época ibérica, especialmente armas, entre las que destaca la falcata, una espada de hoja curva parecida a la *machaira* griega. Se trata de un tipo de sable en cuya hoja hay varias hendiduras longitudinales que acentúan su carácter mortífero. Las empuñaduras son especialmente ricas, decoradas con estilizaciones de cabezas de pájaro o de prótomo de caballo, decoradas con nielados en plata en los ejemplares más preciados. Dentro del armamento ofensivo portaban también los íberos otra espada, la de frontón y hoja recta. Lanzas, jabalinas, cuchillos afalcados, soliferrea, y pequeños puñalitos formaban un rico conjunto.

Como armas defensivas destacan los cascos, frecuentemente de cuero, tal y como representan muchos vasos cerámicos, y más raramente de bronce coronada por un penacho de plumas. La rareza de los cascos de bronce hace que sean interpretados como elementos de prestigio. Si del siglo VI a.C. apareció un casco de bronce griego en la Ría de Huelva, los ejemplares que existen en Castilla-La Mancha se relacionan con la presencia de itálicos a partir de la Segunda Guerra Púnica, fecha en la que se datan los ejemplares hallados en Fosos de Bayona (Villas Viejas en Huete, Cuenca), Alarcos y los ejemplares de la provincia de Albacete de Hoya de Santa Ana, Zama y Pozo Moro, este último con una inscripción latina: *Mulus*. Son cascos con decoración reducida a la cimera, generalmente soqueada, remaches laterales para las carrilleras, guardanucas y cimera perforada (en Zama) para insertar en ella el penacho. Junto al casco el guerrero llevaba una coraza de cuero o metálica sujeta al cuer-

po con correas. Algunos exvotos de bronce, como el guerrero de Mentesa Oretana, las visten, se bien será la pintura vascular (vasos de Liria) y la escultura las manifestaciones que han proporcionado los mejores ejemplos. Así, una escultura de La Losa (Albacete), muestra el torso de un guerrero con coraza, y correajes bajo los cuales se encuentran mechones de lana a modo de almohadillas. La última arma defensiva importante es el escudo, rectangular o circular, e madera o cuero, protegido en su parte central por un umbo de hierro o bronce decorado, y en su parte posterior anillas de sujeción. Es de destacar el ejemplar de la necrópolis de Los Villares (Hoya Gonzalo, Albacete). Las armas se encuentran sobre todo en necrópolis de los siglos IV y III a.C., mientras que tras la Segunda Guerra Púnica se puede decir que desaparecieron, debido al proceso de desarme dictaminado por los romanos.

Elementos de adorno personal que marcaban la importancia de los guerreros son los broches de cinturón, signo de distinción social, en algunos ejemplares las decoraciones están realizadas en plata. Los tipos son los mismos que los hallados en las necrópolis celtibéricas. Otro tanto ocurre con las fíbulas, destacando por su abundancia las anulares con distintas formas en los puentes (aquillada, timbal, etc.), así como también las fíbulas de La Téne con el pie levantado y vuelto hacia el puente hasta fundirse con este.

Pero sin duda es la orfebrería ibérica la que ofrece una mayor variedad de motivos decorativos y una muestra espléndida del trabajo de los artesanos ibéricos. Sus precedentes están en el mundo orientalizante, en los tesoros de la Aliseda y del Carambolo, y la estatuaria ibérica ha mos-

trado la riqueza e importancia del adorno personal, especialmente de las mujeres ibéricas. Las damas de Elche, del Cerro de los Santos, o de Baza, son ejemplos de ese gusto a veces sobrecargado por la orfebrería. La técnica de fabricación más usada fue el batido, sobre todo para trabajos en oro, consistente en el martilleado y calentamiento sucesivo de las pepitas de oro hasta obtener de ellas finas láminas. A esta primera técnica se sumó luego el fundido y el forjado. Entre las técnicas decorativas, las más simples son el repujado y el grabado. Más complejas fueron la filigrana, que consiste en la aplicación de hilos metálicos; el granulado, en el que se soldaban diminutos gránulos y el nielado mediante el cual se rellenaba con metales nobles un espacio previamente trabajado.

Entre los objetos más frecuentes destacan los anillos, diademas, arracadas y brazaletes, a los que se añaden los torques. Los anillos más comunes son de bronce, generalmente un aro liso, o con un pequeño chatón; siguen los de plata, y entre los de oro hay preciosos ejemplares con chatones giratorios. Los pendientes pueden ser simples, un aro, amorcillados, formados por una lámina batida a veces decorada, o arracadas de barroca decoración con filigranas, granulados, motivos fitomorfos o zoomorfos, tal y como se deja ver en las damas ibéricas del Cerro de los Santos. Los collares son flexibles, formados por cadenas y trenzados, o rígidos (torques), los primeros decorados a veces con colgantes labrados o de piedras. Entre los brazaletes destacan los rematados en cabezas de serpientes, como el ejemplar hallado en Almadenejos (Ciudad Real). Los mejores ejemplos de orfebrería ibérica se han encontrado en

Albacete, en la necrópolis de Los Villares (Hoya Gonzalo) con pequeñas piezas con decoraciones de granulado (con representaciones de palmetas y esfinge) y filigranas trenzadas; los pendientes áureos del Tesorico (Hellín); la fíbula de plata y ámbar de Hoya de Santa Ana (Chinchilla); o la placa de cinturón de plata de El Amarejo (Bonete) decorada con un guerrero ibérico con casco y *caetra* de pie ante un caballo parado y palmera, inspirado en los modelos de las monedas púnicas.

Entre las piezas de vajilla fabricadas en metales preciosos destaca la vajilla argénte de Abengibre (Albacete), formada por numerosos cuencos de plata con inscripciones ibéricas intensamente analizados por diversos autores como R. Olmos.

En el año 206 a.C. finalizó la ocupación cartaginesa de la Península Ibérica, quedando a partir de ese momento la Meseta Sur dentro de la esfera expansionista de Roma. Una vez deshecha la oposición de los bárquidas, Roma fue ocupando poco a poco los diferentes territorios de la actual Castilla-La Mancha. No obstante, la romanización no supuso la desaparición completa de las tradiciones indígenas. De hecho, muchos de sus rasgos y particularidades han permanecido vivos en la cultura popular hasta hoy.

3.- BIBLIOGRAFÍA:

BENÍTEZ DE LUGO ENRICH, Luis (coord.): *El Patrimonio Arqueológico de Ciudad Real: métodos de trabajo y actuaciones recientes*. Valdepeñas (Ciudad Real), Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2000.

BENÍTEZ DE LUGO ENRICH, Luis, ESTEBAN BORRAJO, Germán y HEVIA GÓMEZ, Patricia: *Protohistoria y*

Antigüedad en la provincia de Ciudad Real, Puertollano (Ciudad Real), Ediciones C&G, 2004.

CABALLERO KLINK, A. y RUIZ RODRÍGUEZ, José Luis (coords.): *Investigaciones arqueológicas en Castilla-La Mancha. 1996-2002*, Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2003.

ZARZALEJOS PRIETO, Mar, GARCÍA VALERO, Miguel Ángel y BENÍTEZ DE LUGO ENRICH, Luis (coords.): *I Congreso de Arqueología de Castilla-La Mancha: La gestión del Patrimonio Arqueológico regional (Valdepeñas, 2004)*. Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2007.

BLASCO BOSQUED, Concepción: "Etnogénesis de la Meseta Sur", Ruiz Zapatero, Gonzalo y Almagro Gorbea, Martín (coords.): *Paleoetnología de la Península Ibérica*, *Complutum*, 2-3 (1992), pp. 281-298.

BLÁNQUEZ PÉREZ, Juan: *La formación del mundo ibérico en el sureste de la Meseta*, Albacete, Instituto de estudios Albacetenses, 1990.

FERNÁNDEZ GALIANO, Dimas, GARCÍA GELABERT, M^a Paz y RUS PÉREZ, Inmaculada (coords.): *Arqueología de Castilla-La Mancha*, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1989.

MADRIGAL BELINCHÓN, Antonio y PERLINES BENITO, María (coords.): *Actas de las II Jornadas de Arqueología de Castilla-La Mancha (Toledo 2007)*, Toledo, Diputación Provincial de Toledo y Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2010.

MILLÁN MARTÍNEZ, Juan Manuel y RODRÍGUEZ RUZA, Concepción (coords.): *Actas de las I Jornadas de Arqueo-*

logía de Castilla-La Mancha (Cuenca, 2005), Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2007.

PEREIRA SIESO, Juan (coord.): *Prehistoria y Protohistoria de la Meseta Sur (Castilla-La Mancha)*. Tomelloso (Ciudad Real), Almud, 2006.

VV.AA.: *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1988.